

LAS MEMORIAS DE VIAJE DE MAIPINA DE LA BARRA (1878). MUJER Y CIVILIZACIÓN¹

Carla ULLOA INOSTROZA
Universidad de Chile

Palabras clave: Viajes, maternidad republicana, civilización, mujeres.

Resumen: El artículo analiza la crítica social realizada por la chilena Maipina de la Barra (1834-1904) en su libro de memorias de viaje dedicado a las mujeres argentinas, indagando en las estrategias discursivas contenidas en él. El objetivo es comprender las formas en que la autora construyó una crítica social fundamentada en la necesidad de la educación de la mujer, a partir de su libro de memorias de viajes por América y Europa, ofreciendo a sus lectores un “efecto de realidad” necesario para fundamentar sus posiciones. Se exploran además las perspectivas ideológicas que la autora avaló, tendientes a lograr un rol más activo de la mujer dentro del proyecto civilizatorio de la burguesía latinoamericana, construyendo un otro ideal (la Europa civilizada con espacios activos para las mujeres) con distintas imágenes viajeras, para cuestionar la propia sociedad, que según la autora presentaba enormes hostilidades a las mujeres.

¹ Este artículo forma parte de mi investigación titulada *Crítica social y gestión cultural de una viajera sudamericana: Maipina de la Barra (1834-1904)*. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Universidad de Chile, Santiago, 2012.

Mots-clés : Voyages, maternité républicaine, civilisation, femmes.

Résumé : L'article analyse la critique sociale réalisée par la chilienne Maipina de la Barra (1834-1904) dans son récit de voyage consacré aux femmes argentines, tout en s'intéressant aux stratégies discursives élaborées. L'objectif est de comprendre la manière dont l'auteure a construit une critique sociale fondée sur le double impératif d'éduquer les femmes et de leur octroyer un rôle plus actif dans le projet civilisateur de la bourgeoisie latino-américaine.

Keywords : Travels, maternity, Republic, Civilization, Women

Abstract : The paper analyses the social critic made by the Chilean Maipina de la Barra (1834-1904) in her travel memoir about the Argentinean women. It also inquires its discursive strategies. Our main purpose is to understand the ways by which the author made such critic; for instance, the "reality effect", used to reinforced her ideas. The paper studies the ideological perspectives of de la Barra, which tried to achieve a more active role of the women inside the Latin American bourgeoisie and its enlightened project. Thus, the travel memory written by de la Barra used different travel images in order to question a society hostile to women.

Las memorias de la viajera chilena Maipina de la Barra (1834-1904) se encuentran contenidas en su libro *Mis impresiones y mis vicisitudes en mi viaje a Europa pasando por el Estrecho de Magallanes y en mi excursión a Buenos Aires pasando por la Cordillera de los Andes*, publicado el año 1878 en Buenos Aires. Esta obra, prácticamente desconocida, nos aporta en cuanto a la visión de una mujer sobre los problemas en la formación de las naciones americanas, sus relaciones con Europa y el rol de la mujer en esos procesos. El libro, compuesto de más de 250 páginas, no es en sí mismo una bitácora del viaje, sino más bien un texto que mezcla la narración de recuerdos, reflexiones, diálogos en contexto de viajes y un programa educativo, estableciendo un punto de vista personal y crítico frente a la realidad observada.

NARRATIVAS DE VIAJES DE MUJERES LATINOAMERICANAS DEL SIGLO XIX

Para el siglo XIX en Chile y América Latina las mujeres estaban excluidas formalmente de la participación política. Esas condiciones de vida desventajosas, se expresaban en todos los ámbitos de la sociedad, ya sea desde la organización institucional como dentro de las familias, tanto en las normas escritas como en las consuetudinarias. El trabajo doméstico era una tarea exclusivamente femenina en todas las clases sociales, existía, por ello, un ideario de la domesticidad. Así también existían modos de ser eminentemente femeninos, supuestamente propios del sexo, relacionados a la delicadeza, al altruismo y a la inclinación “natural” al bien y, por supuesto, a la maternidad. Las mujeres eran consideradas “ángeles” del hogar y eran llamadas el “bello sexo”. Su principal tarea en la vida debía ser la maternidad. También se asumía desde el punto de vista biológico que la mujer era inferior al hombre, propensa a la debilidad y a la histeria, lo que le restaba capacidad intelectual o hacía de ellas seres que necesitaban protección. Las escritoras-viajeras latinoamericanas, plasmaron estas tensiones en sus escritos. Las narrativas de viajes decimonónicas demuestran que las mujeres encontraron espacios donde dialogaron y ejercieron un papel más activo en la sociedad (GUARDIA, 2011). Los cuestionamientos a la opresión de la mujer han sido desde el siglo XIX crecientes, aunque discontinuos y problemáticos, los libros de viajes femeninos son un ejemplo donde pueden rastrearse esos reclamos.

Hay claridad en que la escritura de mujeres latinoamericanas en el siglo XIX, fue una labor ligada al grupo social que podía acceder a la cultura letrada, por lo tanto, corresponden a un porcentaje minoritario de la población americana, considerando además que las mujeres viajaban en menor cantidad que los hombres. Como

bien señala Milagros Belgrano Rawson, la mayoría de las mujeres que escribían literatura de viajes eran blancas, de clase media-alta o alta, con estudios superiores y con conciencia feminista (BELGRANO, 2010: 3). En general, eran integrantes de la burguesía blanca que veía en Europa un ejemplo histórico. Los relatos de viaje de mujeres del siglo XIX y las primeras décadas del XX, por lo general, son publicados por escritoras que bordean los cuarenta años de edad, siendo, no obstante, una parte importante de ellos, libros póstumos. A pesar de lo que digan en sus relatos, las viajeras “abren nuevas expectativas al sector femenino y contradicen las teorías que sustenta la sociedad en torno a ellas: indefensas y domésticas” (CABALLER, 2005: 64). Las mujeres pertenecientes a la clase media o alta latinoamericana que escribían y publicaban sus relatos de viajes encontraban conflictos importantes. Las memorias de viajes son autobiográficas, por ello fueron difíciles de enunciar. Los problemas tenían que ver entonces con la posibilidad de convertirse en escritora. Mercedes Caballer señala “en todos los relatos de autoría femenina, no obstante se manifiesta cierto temor a la opinión del lector que conlleva una abundante justificación de los datos” (CABALLER, 2005: 65). Por ello los mecanismos discursivos que estas escritoras usaron suelen estar centrados en torno a actitudes de “falsa modestia” como estrategia primordial para no incomodar al público y subestimar, aparentemente, sus escritos.

Estos relatos de viajes abarcan todos los temas posibles, domésticos y universales, pero a diferencia de los relatos masculinos, cargan con complejidades mayores al estar restringido el espacio público para las mujeres. En general es importante tener presente las palabras de la historiadora Michelle Perrot, quien señala que las escritoras-viajeras escribieron porque:

Intentaron ‘salir’ de allí para tener, ‘por fin, sitio por doquier’. Salir físicamente: deambular fuera de su casa, en la calle, o penetrar en los lugares prohibidos —un café, un mitin—, viajar. Salir moralmente de los roles que les son asignados, formarse una opinión, pasar del sometimiento a la independencia, lo cual puede hacer tanto en público como en privado (PERROT, 1993: 155).

El grupo de escritoras-viajeras del siglo XIX, que intervinieron en el espacio público en Latinoamérica, estuvo compuesto por las notables Mariquita Sánchez, Juana Manso, Clorinda Matto, Juana Manuela Gorriti, Nisia Floresta, Eduarda Mansilla y Flora Tristán, entre otras. Ellas llevaron a cabo un esfuerzo similar por conseguir espacios más amplios en el estrecho margen que las mujeres tenían a fines del siglo XIX. Con recorridos diversos y con apreciaciones distintas, estas mujeres consiguieron intervenir en las letras desde el relato de viajes. El aporte fundamental de todos estos relatos radica en saber que las opiniones de estas mujeres no fueron ignoradas en su tiempo, pues a pesar de no haber sido hegemónicas, hubo espacio para sus apreciaciones, incomodidades o argumentaciones a favor de los proyectos sociales que les tocó vivir. No obstante la tremenda estrechez moral de América Latina, ligada al catolicismo y al ideario de domesticidad, a fines del siglo XIX comenzaron a ser cada vez más las mujeres que discutieron, cuestionaron y disputaron la palabra a los tribunos de la época. Muchas de ellas utilizaron los relatos de viajes como género específico, que por su amplitud, les permitió abordar diversos temas.

MAIPINA DE LA BARRA

En ese contexto se encontraba la viajera chilena Maipina de la Barra². Nacida el año 1834 en París, fue la hija mayor del destacado diplomático, político, escritor y académico chileno José Miguel de la Barra López Guerrero y la ciudadana francesa Athenais Pereira de Lira. Llegó con cuatro años de edad a Chile. No hay datos sobre su educación, pero es claro que hablaba francés con fluidez y que tradujo además del italiano y del francés al español. Contrajo matrimonio el año 1851 con José Ignacio Cobo y Cobo. El matrimonio tuvo cuatro hijos, tres de los cuales fallecieron a corta edad, como era usual en una época de enorme mortandad infantil. La única hija del matrimonio que logró sobrevivir fue Eva Filomena Cobo de la Barra. A los treinta y nueve años de edad —ya viuda—, viaja con ella a Italia y Francia con el objetivo de visitar a su madre, quien había regresado a Europa poco tiempo después de enviudar. Partió su travesía embarcada en el vapor *Corcovado*, en mayo de 1873 desde Valparaíso y retornó un año después al mismo puerto a bordo del vapor *Puno*. Según su testimonio, habría emprendido este viaje para visitar a su madre, pero también para educar a su hija Eva en las costumbres de la sociedad de “buen tono” europea. Permaneció nueve meses viviendo en París rodeada de amistades que le brindaron alojamiento, entretenciones y conexiones sociales. De vuelta en Chile, inició otro viaje cruzando la Cordillera de los Andes

² Su particular nombre se debió a la participación de su padre en la batalla de Maipú, importante triunfo para el ejército patriota chileno durante la guerra por la independencia contra la monarquía española. El padrino de Maipina fue José de San Martín, héroe independentista sudamericano que también participó en la batalla de Maipú (localidad cercana a Santiago de Chile).

con destino a Buenos Aires, entre los meses de marzo y junio del año 1877. A partir de ese viaje, mientras residía en Buenos Aires, probablemente en enero del año 1878, publica las memorias de sus viajes, dedicando la obra a las damas argentinas. Este libro explora la importancia de la educación de la mujer y el rol de la madre en ese proceso social, describiendo también los lugares que la viajera visitó y emitiendo juicios sobre lo que ella consideraba imperioso: la educación de la mujer.

Desde la década de 1870 la escritora ofreció presentaciones musicales y conferencias públicas a favor de las mujeres. Hay registro de sus actividades en España durante el año 1887. Allí expuso en las provincias de Cataluña y Jaén sobre el problema de la instrucción de la mujer y su necesidad de educación. Asimismo se integró al movimiento espiritista. Hay datos de que practicó el hipnotismo y el vegetarianismo. Maipina de la Barra también fue iniciada en la masonería, como consta la planilla de su afiliación a la Logia Unión Italiana número 90 de Buenos Aires, fechada el día 10 de junio de 1890, fue integrada como “chilena, viuda, profesora de música y librepensadora” siendo aceptada el día 25 de junio de ese año. A su muerte tanto organizaciones espiritistas como masónicas en Chile y Argentina lamentaron su fallecimiento. Maipina de la Barra tuvo hasta su viudez la “típica” vida de una mujer de la élite del Chile central del siglo XIX, con tímidas incursiones en espacios privados. Antes de su primer viaje a Europa (1873-1874) no hay huellas que den cuenta de una acción más allá del hogar y los círculos eminentemente femeninos. A partir de 1878 los documentos sobre la autora se hacen cada vez más recurrentes, detallando su participación en diferentes actividades culturales, lo que hace posible plantear una apertura hacia nuevos proyectos. Su vida parece haber dado un vuelco importante después de ese viaje. Se hace partícipe en el debate sobre el rol de las mujeres en la sociedad y en la educación,

se atreve a viajar, a traducir, a escribir y a hablar en público con más frecuencia. A la edad de 70 años, Maipina de la Barra fallece en Buenos Aires el día 2 de septiembre del año 1904.

Mis impresiones y mis vicisitudes

En *Mis impresiones y mis vicisitudes* la viajera debió construirse como autora. Especialmente interesante resulta su reivindicación autobiográfica, al ser ella y su hija Eva las protagonistas del viaje que relata. Sin embargo, en la dedicatoria a las damas argentinas, la autora se apronta a señalar que no pretende ser escritora. Podría parecer contradictorio señalar que este libro está marcado por una fuerte perspectiva de la autora sobre la sociedad y la cultura de su época, y fundamentar también su actitud modesta y reducida, pero en realidad este doble juego entre afirmación de una postura personal y la disminución de su propia opinión, obedece a una estrategia denominada por la crítica literaria como “falsa modestia”, mediante la cual las mujeres podían acceder a la palabra pública sin parecer pedantes o ridículas. Maipina de la Barra utiliza este mecanismo al señalar “No pretendo ser escritora [...] Sedme, mis amables lectoras, indulgentes para leer esta obrita” (DE LA BARRA, 1878: 11). Al respecto Graciela Batticuore apunta que la pedantería y ridiculez eran formas de descalificación usuales para desautorizar a las escritoras desde el siglo XVII en Europa, y habían sido las formas usadas para socavar el honor de la escritora y de su familia (BATTICUORE, 2005: 14). Por ello las autoras latinoamericanas de fines del siglo XIX debían realizar negociaciones con el campo cultural de su época, en un contexto de restricción del espacio social para la mujer. La mayoría de las mujeres estaban impedidas de emprender carreras literarias y publicar sus producciones, además de la dificultad de convertirse en sujetos “autobiográficos”, dado que la escritura de este tipo de textos

colabora en la ruptura de los cánones de subordinación y auto negación de la mujer (ALZATE, 2004: XVI). Ellas debían ingeniárselas para poder decir, y en esa agudeza utilizaron la falsa modestia como un mecanismo discursivo fundamental para acceder al discurso público desde la candidez del “bello sexo”. Al respecto Nara Araújo apuntó que la retórica de la minusvalía es propia a los prólogos escritos por mujeres a sus libros, en el siglo XIX, y la autoproclamación asume de manera explícita la postura competitiva en el terreno de lo público, respetando a la institución patriarcal (ARAÚJO, 2008: 1016). *Mis impresiones y mis vicisitudes* está intervenido por una autocensura evidenciando un cuidado extremo de lo que se dice. Todos los argumentos que la autora utiliza están secundados por “dios” o por el bien supremo de la nación; son inclinaciones a la “regeneración de la humanidad”, son argumentos permitidos y validados, que pretendían corregir el modelo social que le rodeaba, no derrumbarlo. Ese tono reformista de Maipina de la Barra tenía que ver con su convicción en que el progreso de las naciones americanas se lograría a partir de la educación. Ese mensaje moralista de regeneración y progreso fue el principal vehículo de la ideología civilizadora decimonónica, en este contexto, la autora propuso:

Antes de conocer yo la Europa y los progresos de su civilización, pensaba como piensa la generalidad de las gentes: *creía que nada hubiese mejor que mi país, y todo lo refería a él*; pero luego que conocí aquellos adelantos (y eso que solo he visto una pequeña parte de ellos) me he convencido de lo mucho que nos falta que aprender (DE LA BARRA, 1878: 249, la cursiva es del original).

Titular al libro como una obra enmarcada dentro de la literatura de viajes, le permitió a la escritora afirmar su punto de vista en el

“efecto de realidad” que este tipo de narración consigue, en cuanto vivió esas experiencias y ellas ocurrieron en la realidad:

Al Salir de América, vamos viendo el mundo tan diferente cual nunca creíamos; comprendemos que todo se puede esperar, que nada debe admirarnos y que nunca es tarde para aprender, pues que el saber es una parte muy necesaria de nuestra vida (DE LA BARRA, 1878: 39).

Para la segunda mitad del siglo XIX, tanto en América como en Europa, la idea hegemónica dictaminaba que la mujer debía permanecer en su hogar, alejada de la vida pública. Para ese discurso social, conocido como teoría de las “esferas separadas”, la mujer era poseedora de virtudes que los hombres no tenían y, como únicas, le eran complementarias a ellos. En concordancia, la mujer no podía tener vida pública ni política, o realizar cualquier acto que le fuera propio al hombre, estando subordinada al padre, al esposo o al hermano. Fundamentalmente se argumentaba que las mujeres eran “ángeles del hogar”, criaturas intrínsecamente proclives al bien y a los buenos actos, inocentes de lo político y de lo público; eran el “bello sexo”, por lo que debían permanecer inocentes y resguardadas. En palabras de Stella Maris Franco “*delicadeza, altruísmo, cridade, cuidados familiares e domésticos, zelo pela família, pelos doentes e pelos pobres são valores e papéis idealizados em relação a um protótipo ideal da mulher no século XIX* (FRANCO, 2008: 141). Ese discurso social hegemónico sobre la mujer fue recepcionado en la obra de Maipina de la Barra, aunque esa recepción fue compleja y revela una oposición crítica frente a ella. Mi propuesta consiste, entonces, en sostener que la viajera fue parte de un grupo —compuesto por hombres y mujeres— que comenzó a notar, en la segunda mitad del siglo XIX, que la mujer que era madre tenía un rol fundamental

en la crianza de los nuevos ciudadanos. Ese grupo elaboró un rol más activo para la mujer. Se comenzó a hablar entonces de la “maternidad republicana”. El giro de posiciones se habría debido a la fuerte legitimidad que encontró en América la noción de civilización y progreso. Tanto el positivismo como la fe ciega en el progreso, pusieron el acento en el poder de la educación como medio para lograr un avance en las sociedades, Estados Unidos era el ejemplo por antonomasia. Otra idea fuerza que habría sustentado esta posición, venía desde los postulados ilustrados del siglo XVIII, que habían enfatizado y promovido la razón como principal cualidad y atributo humano. Esta posición se desarrolló sobre todo en las mujeres que aleccionaban a otras, como bien explica Irene Palacios:

Un renovado discurso de la domesticidad, que asignaba a la mujer el exclusivo y sagrado destino de la maternidad. Una maternidad, sin embargo, que trascendía (sin excluirlo) el plano religioso, imperante desde tiempo atrás, revistiéndose ahora con los nuevos ropajes del cientificismo, en un contexto progresiva y prudentemente secularizado, haciendo sin embargo ostentación paradójica de toda una serie de tópicos vinculados a la religiosidad tradicional (la mujer será el “ángel”, llamado a cumplir una “sagrada misión” en el “templo del hogar”...). Como madres y esposas (más allá de la experiencia individual), las mujeres ejercían una influencia y representaban una fuerza que era preciso regular para que actuaran “siempre en provecho de la humanidad, con beneficio de la raza” (PALACIOS, 2007: 112).

Graciela Batticuore investigó la recepción del discurso ilustrado sobre la maternidad republicana en las escritoras argentinas de la

segunda mitad del siglo XIX. Según su investigación la figura clave en la propagación de esta nueva noción para la mujer habría sido el intelectual Domingo Faustino Sarmiento. Batticuore concluye que se consideraba a la madre republicana como la mujer que estaba “instruida *en función* de transmitir a sus hijos los valores cívicos de una nación” (BATTICUORE, 2005: 85). Se consideró entonces que la mujer debía empezar a ocupar un lugar más activo en la configuración de un nuevo orden social tendiente a lograr la civilización de nuestro continente. Esta disposición exigía dejar atrás la noción de la mujer pasiva ignorante de los progresos de la humanidad. Así se argumentaba la necesidad de la instrucción de la mujer, ya que su educación conseguiría el progreso de toda la sociedad. Domingo Faustino Sarmiento, y las mujeres que suscribieron su ideario, estaban conscientes de la necesidad de integrar a la mujer en el proyecto civilizatorio, para que ellas, desde el interior de las familias, ejercieran una actitud que fomentara el bien de la sociedad, propagando el mensaje de que la humanidad progresaría por medio de la educación. Tal fue el convencimiento en Argentina que en el año 1884 se sancionó la ley de educación común, laica, mixta y obligatoria (LIONETTI, 2005: 184).

En Chile también hubo personas que consideraron acertada esta nueva noción más activa de la mujer, pero este grupo era minoritario y no poseía la legitimidad necesaria para llevar a cabo esos cambios. Lo cierto es que Chile presentaba una política específicamente conservadora, ya que durante todo el siglo XIX las reformas liberales y las leyes laicas habían encontrado un sinnúmero de impedimentos para ser ejecutadas, inclusive durante los gobiernos liberales de las décadas de 1860 y 1870. Resulta importante que Maipina de la Barra haya publicado su libro en Argentina, porque tal gesto expresa, o más bien resalta, la dificultad que encontraban las mujeres en Chile para llevar a cabo sus

proyectos³. En este libro la autora se queja de la estrechez mental de los chilenos, que ven con ilegitimidad la educación de la mujer. Al respecto, la escritora es enfática. Tal era su desazón con Chile, que cuando inicia su viaje a Europa pretendía no regresar, expresando además su malestar frente a la opinión de sus compatriotas, extremadamente inmersos en la doctrina católica: “me decían que no pensara en ir a Europa, a esos países tan herejes, a esos países sin religión” (DE LA BARRA, 1878: 18). Este libro tiene un fuerte afán pedagógico, partiendo de la idea de la educación de los hijos como una “misión” para lograr la “regeneración” de la sociedad, sosteniendo un elogio continuo al proceso de modernización. Con dicho fin, la autora utilizó como estrategia la publicación de un libro que establecía crítica social mediante la literatura de viajes. Este tipo de escritura ofrecía una voz autorizada que la sociedad no podía negarle a la viajera. La protagonista estuvo en los lugares que describe y sus lectores se quedaron en casa. Ella vio con sus propios ojos, ella es testigo de lo que escribe (FREDERICK, 1994: 247). Maipina de la Barra fue testigo de las condiciones en que vivían las mujeres de su época. Criticó por tanto la situación de la mujer en torno al matrimonio, la falta de educación, el trato desigual a indígenas y esclavos (asunto que presencia de manera circunstancial mientras visita Punta Arenas y Río de Janeiro) y las costumbres “poco modernas” de la sociedad chilena en contraste a las sociedades europeas.

De paso por Brasil la viajera tiene contacto con población afrodescendiente libre y también esclava. Mientras visita un “sitio de campaña” destinado al cultivo del café, la autora conoce

³ Hasta las actuales investigaciones, este libro de viajes fue el primero y único publicado por una chilena en el siglo XIX.

a la esclava Hortensia, propiciando una extensa reflexión sobre esa “parte desgraciada de la humanidad”, para también “estudiar algunos rasgos característicos de la esclavitud”. Especialmente le interesa a la autora la situación de las mujeres esclavas, de ellas dice; “nada preguntaban, casi nada decían; sus gestos, sus miradas y alguna que otra palabra entrecortada nos hacían comprender su triste situación” (DE LA BARRA, 1878: 46-47). Pero más allá de extenderse en sus reflexiones, la autora acude al efecto de realidad que provocan los diálogos. En cinco páginas desarrolla una argumentación sobre las injusticias de la esclavitud, destacando que esa opresión no permite a las víctimas instrucción (científica y religiosa), maternidad, opinión propia, cariño ni “voluntad de acción”. La actitud incómoda de la viajera es una invitación a la reflexión desde un punto de vista crítico, pero de ninguna manera es un rechazo expreso a esas formas de sometimiento, lo que afirma su pensamiento reformista. También la idea fuerza aquí es la victimización del otro, en cuanto es un sujeto que padece el destino, y que podría inferirse, no toma acciones sobre su propia vida. Asimismo, Maipina de la Barra se encuentra totalmente a favor de mantener la diferencia de clases, demostrando una notable admiración por las mujeres de la burguesía europea y sus “costumbres buenas”. La civilización para la autora se lograría en América cuando se adquirieran ciertos comportamientos adelantados, finos y estéticamente bellos, presentes en Europa:

Aunque venimos, hija mía, le dije, de países atrasados, yo, por mi parte, llevo el deseo de alcanzar a comprender las ideas de todas partes [...] Si en los países atrasados no comprendemos mejor lo bello en todo sentido, es porque miramos con malicia y de una manera muy mezquina los objetos; y por eso recibimos inmediatamente el castigo en

no poder descubrir el talento del artista (DE LA BARRA, 1878: 123-124).

El relato del viaje de la protagonista-narradora es una suerte de peregrinación a La Meca cultural:

Sentía yo en mi interior una voluntad superior a la mía, que hacía eco en todo mi ser, que dirigía mis acciones, y que, aun cuando yo deseaba a veces permanecer más tiempo en alguna ciudad para conocerla, me decía con insistencia: *París, París: nada más por ahora* (DE LA BARRA, 1878: 106).

Claramente, la mayor satisfacción de la autora reside en poder difundir las experiencias de esa peregrinación, del viaje, tanto en el sentido físico como en el estético:

Antes de conocer yo la Europa y los progresos de su civilización, pensaba como piensa la generalidad de las gentes: *creía que nada hubiese mejor que mi país, y todo lo refería a él*; pero luego que conocí aquellos adelantos (y eso que solo he visto una pequeña parte de ellos) me he convencido de lo mucho que nos falta que aprender en punto a industria, y lo muchísimo con relación a las bellas artes, a las bellas letras, al bello ideal en todas las cosas (DE LA BARRA, 1878: 249).

Lo cierto es que para la autora no sólo están en juego cuestiones de estilo y costumbres, sino la posibilidad de la realización de la supremacía de su clase en términos simbólicos. El relato, y los ejemplos que en él se encuentran, reafirman permanentemente la dependencia de un proyecto entendido como propio:

De esta suerte el tiempo se multiplica, se vive y se progresa más, no es sola la materia la que la que goza por el recreo, sino el espíritu, cuya inteligencia y cuya moral mejoran extraordinariamente. ¿Porqué, pues, no habrían de adoptarse entre nosotros estas costumbres tan convenientes, tan civilizadoras? (DE LA BARRA, 1878: 113).

En este caso, el proyecto consiste en copiar las costumbres y modos considerados adecuados y óptimos. Una parte esencial de la victoria de la implantación de ese proyecto, que ella observa en la metrópolis, sería la tajante y legítima —para la autora— división de clases:

En Europa cada cual recibe una educación adecuada a la cosa a que se dedica: y por eso los sirvientes, que están educados para el servicio, saber servir bien y con respeto (DE LA BARRA, 1878: 112).

La idea es que cada clase se subordine al grupo que concentra el poder. Por ejemplo, reflexionando sobre las vestimentas en Europa, Maipina de la Barra ve con buenos ojos las diferencias en los atuendos de las mujeres, marcadas por el poder adquisitivo que éstas poseen para consumir telas que se adapten a su condición socioeconómica, fundamentalmente porque:

Esto mantiene a cada uno dentro de sus límites, mantiene el orden, tan necesario en todas las cosas, y no da lugar a esa espantosa confusión que se nota en América, en donde a cada paso ocurre que un caballero o una señora de la mano a una sirvienta por creerla una señorita de la casa (DE LA BARRA, 1878: 110-111).

El orden social, tanto en el sentido de la segregación espacial de los cuerpos, como en la segregación simbólica, expresada en la vestimenta, debe dar cuenta de una división que permita la “pureza” de la “sociedad del buen tono”. Asunto en el cual autora no va escatimar argumentos:

Mi deseo de entrar en la razón de las costumbres y gusto más adelantados, me valió mucho; y en este sentido impulsaba también a mi hija, para que estudiara el modo de ser de las cosas, y juntas trabajábamos por adelantar en todo sentido (DE LA BARRA, 1878: 133).

Hasta aquí el discurso civilizatorio ha estado acorde a la mentalidad de la época, afiliada a la idea canónica de la dicotomía civilización-barbarie y con una lógica eurocéntrica; sin embargo, se filtra en él un reclamo de género, que comenzará a desestabilizar el relato, permitiendo cuestionar —aunque muy tímidamente— la filiación sumisa y pasiva de la mujer:

Las naciones europeas comprenden hace ya mucho tiempo que no hay progreso, que no hay regeneración posible, sin el concurso poderoso de la mujer, cuya influencia abraza la vida entera del hombre (DE LA BARRA, 1878: 162).

Primero, Maipina de la Barra logra validar la supremacía europea, en cuanto es el centro “civilizado” de la tierra, luego podrá argumentar que en ese lugar la mujer goza de un estatus distinto al ocupado en América. Sólo así puede decir algo difícil de sostener en una sociedad androcéntrica y tradicional como la propia. La protesta central de la autora, tiene que ver con la imposibilidad de las mujeres de capitalizar sus conocimientos en una profesión y, peor aún, contra

las convenciones de la época que tachan de indigna a la mujer que trabaja por su sustento. Las mujeres de élite, relegadas del ámbito político, imposibilitadas de asistir a la universidad y de la realidad laboral de las mujeres obreras, concentraban sus actividades en el mundo privado, siendo las responsables de los quehaceres íntimos y cotidianos de la casa y la familia y, por supuesto, de la instrucción de sus hijas, también relegadas de la educación formal o la vida laboral. Este es el contexto histórico que sustenta el imaginario cultural de Maipina de la Barra, donde sus ideas sobre el trabajo no calzan con el modelo de mujer que su época tiene. Por ello apunta:

Aunque me costó bastante tiempo y trabajo, por fin me establecí en Valparaíso, dedicándome a la enseñanza del canto y piano [...] ¡triste es decirlo! en América el trabajo de una señora es, en general, considerado con las ideas más mezquinas; y lo que en Europa es un honor, aquí en sí es una deshonra (DE LA BARRA, 1878: 187).

Maipina de la Barra busca desacreditar a través de sus memorias de viajes las posiciones americanas contrarias a la educación de la mujer y a su rol en la sociedad. Cuando describe la vida de las mujeres en París señala:

Allí, detrás de las persianas, observaba yo con frecuencia a las gentes que continuamente pasan [...] Las mujeres del pueblo propiamente dicho, y aquellas que han sido mejor educadas, pero que no tienen medios de subsistencia, trabajan mucho, y por este motivo son más independientes. Unas se dedican al trabajo material de las industrias; otras, a la parte intelectual, y llevan la correspondencia o los libros de contabilidad de una casa de comercio, de

un hotel o de cualquier otro establecimiento; otras, de posición más infeliz, se ven a todas horas por las calles con un carretoncito de mano vendiendo verduras, frutas y otros mil objetos de poco precio.

Lo que he observado detenidamente en París, lo he observado también en todas partes de Europa donde he estado: *todos trabajan asiduamente*. (DE LA BARRA, 1878: 109-110).

Tal es el convencimiento de la autora, que se atreve a criticar los establecimientos de educación para niñas existentes en Chile, señalando que ofrecían una instrucción superficial que no bastaba para educar a la mujer. Este tipo de discurso parece estar sustentado en la costumbre ilustrada europea, que según Mónica Szurmuk, se fundaría en la literatura de mujeres europeas que miran con horror a las mujeres que no educan a sus hijas (SZURMUK, 2009). Por ello los pasajes más importantes del libro están consagrados a la educación de la mujer: “fundamento de todo progreso”, para lo cual De la Barra establece un plan que tiene dos puntos resumidos en la siguiente afirmación:

Concluyo, mis queridas lectoras, este capítulo exhortándoos a que trabajémonos cuanto esté de nuestra parte por vencer nuestra natural apatía; y yo os aseguro con toda mi alma que habremos logrado una obra colosal: LA EDUCACIÓN BIEN ENTENDIDA DE NUESTROS HIJOS, Y ESPECIALMENTE DE NUESTRAS HIJAS, para no volver jamás a ser pequeñas (DE LA BARRA, 1878: 171-172, las mayúsculas son del original).

Teniendo plena conciencia del sometimiento y la “pequeñez” en la cual las mujeres de su época viven, es valorable su reflexión y la

publicación de sus críticas, que son llamados a la acción y la organización. Si bien Maipina de la Barra no fue una feminista ni una activista política, puso acento en aspectos que sirvieron, más tarde, a otras mujeres para poder tomar conciencia y reflexionar.⁴ Haciendo un llamado a la fortaleza de carácter para emprender las acciones necesarias. En su momento este plan pudo no ser tan popular como podríamos pensar, la autora debe desplegar una argumentación muy amplia para llegar finalmente a estas conclusiones, lo que da cuenta de lo difícil que era *decir* lo que ella decía. En el contexto histórico sudamericano en que la viajera se desenvuelve, las mujeres estaban relegadas al espacio privado (de la casa o los salones) y a la reproducción (de los hijos y de la cultura desde lo doméstico); sin embargo, esta viajera contradice la ideología androcéntrica con sus propias prácticas.

La caridad, otro tema criticado por la autora (según su perspectiva era insuficiente y deficitario el trabajo caritativo de las mujeres americanas en comparación a las europeas), puede ser un subterfugio que la autora utiliza para señalar su plan de autonomía y educación de la mujer. En relación a esto, Sarah Chambers anota que la posición de género por la que apostaron estas mujeres ilustradas, las pone en una situación paradójica similar a la atribuida por Joan Scott a las feministas francesas de los siglos XVIII y XIX, preguntándose cómo podían al mismo tiempo destacar la diferencia de género y exigir igualdad (CHAMBERS, 2003:12). El primer paso era la denuncia y la observación, posteriormente se exigiría una igualdad de género.

⁴ No quiero decir con esto que Maipina de la Barra fue leída por feministas posteriores, sino que sus palabras son parte de una sonoridad que a principios del siglo XX estará mejor articulada, en el Conosur, en la búsqueda de la emancipación de las mujeres.

Maipina de la Barra, por su parte, sólo enuncia un equilibrio, que no pretende ser igualitario y que es utópico. La autora puede ser un claro ejemplo de cómo en la sociedad finisecular, el estereotipo de la mujer doméstica y encerrada ya inquietaba a algunas mujeres, a quienes el rol de madre y esposa abnegada e ignorante estaba incomodando; al menos dentro de las elites a las cuales pertenecía la viajera, asunto que podría explicar las aperturas y logros de las mujeres de principios del siglo XX:

En los tiempos primitivos, la mujer fue considerada como un ser inferior al hombre, creado tan solo para su servicio absoluto, y yacía en la mayor abyección [...] En la nueva era, merced a la sublime doctrina de Jesús, la mujer ha sido, con la mayor justicia, considerada digna compañera del hombre (DE LA BARRA, 1878: 165).

Así la autora utiliza el argumento del “progreso de la historia”, gracias a la revelación religiosa, como excusa para insertar en el relato la igualdad de los géneros, no en el sentido de plenitud de derechos, sino de *calidades* iguales. Maipina de la Barra establece claramente su perspectiva crítica sobre los acontecimientos chilenos, que se presentan como atrasados y mezquinos, reafirmando su apoyo al proyecto modernizador y civilizatorio. Hay disconformidades en el relato de la escritora, pues a ratos son discursos emancipadores, y, a en otros, hablan del sometimiento y la subordinación. Sin embargo, estas “incoherencias” son valiosas para entender las presiones, tensiones y posibilidades que experimentaban estas mujeres viajeras, que se desmarcaban del rol tradicional que se les asignaba, y que tuvieron otras prácticas como, por ejemplo, viajar para escribir textos autobiográficos. Las mujeres del siglo XIX no viajaban solas, excepto las que iban a encontrarse con sus esposos. Siempre iban de

acompañantes, y raras veces armaban su propio itinerario. Maipina de la Barra viajaba sola con su hija, pero a sus lectores les señalaba que siempre contaba con el amparo de dios, justificándose:

¡Dos señoras enteramente solas, sin consejeros y sin temor, y solo con algunas recomendaciones para los Cónsules, emprendimos un viaje ignorado con una tranquilidad [...] ¿No es verdad que esto es admirable? ¿No comprendéis que teníamos una fe limitada en el Ser Supremo, que nos miraba... y que tendría sus guías para cuidar sus huérfanas? (DE LA BARRA, 1878: 153).

Esto le permitía decidir el futuro de su periplo y demostrar —al ojo de sus lectoras— sus motivos inscritos en la fe y la religiosidad. Se puede deducir que estamos ante una mujer que demuestra haber sido un individuo no del todo satisfecha, ni del todo sometida, y más o menos conciente de su lugar en la totalidad; de ahí su formidable exclamación “¡el problema de mi vida es ser mujer!”, que cobra sentido cuando señala, mientras describe su estancia en París:

Un momento después sonó la orquesta y los caballeros se pusieron a sacar. Uno de ellos se dirigió a mí; pero como la antigua y necia costumbre de Chile prohíbe el baile a la mujer casada, no accedí al principio. Luego que vi que todas las señoras, por mayores que fueran, bailaban, accedí bien persuadida de que no haciéndolo así, me hubieran tildado de incivil (DE LA BARRA, 1878: 139).

Esta descripción tiene réplica en otros pasajes del libro destinados a resaltar los espacios de libertad más amplios que encontraban las mujeres en Europa. Las comodidades fueron objeto de atención

especial por parte de la viajera, por ejemplo, cuando señala su relato de Burdeos (Francia):

Una de las cosas que llamó mi atención como un rasgo característico de aquellos pueblos, fue que en tales ocasiones, las aceras, muy anchas en general, están llenas de mesas con sofás y sillas, infinidad de señoras están sentadas tomando refrescos (DE LA BARRA, 1878: 79-80).

También cuando visita Marsella advierte:

En las estaciones hay wagones con un letrero que dice: *Pour Dames seules* – Para señoras solas – Esto es una gran comodidad y facilidad para viajar tranquilamente largas jornadas (DE LA BARRA, 1878: 83).

En general se trata de resaltar el medio menos hostil que encontraban las mujeres en Europa, señalándole a sus “amables lectoras” que otra realidad era posible, que ella la vivió, y por tanto, pueden conseguirse niveles más confortables de vida para las latinoamericanas. En síntesis Maipina de la Barra señala “¿qué inconveniente habría en adoptar aquí en América esta buena costumbre?” (DE LA BARRA, 1878: 115).

PALABRAS FINALES

Las escritoras-viajeras latinoamericanas del siglo XIX intervinieron en el discurso social de sus países y adquirieron una posición crítica sobre éstos. Dentro de ellas, por ejemplo Maipina de la Barra, utilizó el relato de viaje para resaltar su inconformidad con la realidad de las mujeres en Chile, haciéndose partícipe de un tema

de incipiente discusión nacional, durante las décadas posteriores a su fallecimiento. Ese fue su principal aporte. Según Francine Masiello existió una generación de mujeres a fines del siglo XIX en Buenos Aires que “se inserta a los debates relacionados con el estado y organiza toda una narrativa sobre la modernización del país” (MASIELLO, 1994: 7), especulando sobre nuevas formas para implantar a la mujer en el debate público. Podría pensarse entonces que la capital argentina presentó más facilidades para Maipina de la Barra y otras escritoras-viajeras. ¿Qué tan determinante fue para ella y las mujeres que le sucedieron la ciudad de Buenos Aires? es una pregunta que queda pendiente, en lo que puede ser la genealogía de la formación de conciencias de género en Latinoamérica. Las cientos de miles inmigrantes recién llegadas a Buenos Aires —ciudad que más creció en América junto a Nueva York, durante los primeros años del siglo XX— llegaban a un lugar deseado por la intelectualidad latinoamericana y que logró ser, entre otras cosas, centro del primer Congreso Femenino Internacional en el año 1910. Maipina de la Barra se apropió de un discurso hegemónico sobre la mujer y lo resignificó, adaptándolo con un propósito personal y ambicioso. Fue parte de un grupo de escritoras-viajeras del siglo XIX que intervinieron en el espacio público en Latinoamérica. Su propuesta consistió en enjuiciar los territorios por los cuales transitó en comparación al bienestar que las mujeres tenían en dichos lugares. Propuso que en Europa, espacio “civilizado”, el papel de la mujer ya había sido comprendido y ellas disfrutaban de mayores ventajas que en América. En consecuencia, si América quería abandonar la “barbarie” debía entregar un lugar más digno a la mujer. Desde una aproximación menos polémica de lo que hubiera significado una denuncia del sometimiento de la mujer, Maipina de la Barra utilizó un discurso acomodaticio al rol de las “ángeles del hogar”, apropiándose de una noción androcéntrica. En esa operación yo leo

una estrategia. La apuesta literaria fue publicar un libro de memorias de viajes, narrado en primera persona y desde un punto de vista pedagógico, aleccionador, validándose como crítica. La escritora publicó solo una vez un libro de memorias de sus viajes a Europa y Argentina, pero viajó otras veces entre Chile, Argentina y Europa. Creo posible afirmar que esa única publicación no es más que un intento por hablar de la mujer a través del viaje, de la educación y de la nación chilena con un protagonismo formidable, poniéndose a sí misma como ejemplo ante sus contemporáneas, incitándolas a “nunca más volver a ser pequeñas” entregando un testimonio de autonomía y firmeza ante las disposiciones arbitrarias del machismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALZATE, Carolina (edición y notas) (2004). *Diario íntimo y otros escritos de Soledad Acosta de Samper*. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá e Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- ARAÚJO, Nara (2008). «Verdad, poder y saber: escritura de viajes femenina». *Estudios Feministas*, número 16, Florianópolis.
- BATTICUORE, Graciela (2005). *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa.
- BELGRANO, Milagros (2010). «Sofocante Buenos Aires. Representaciones de género en la literatura de viajes sobre Argentina (1880-1920)». *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*.
- CABALLER, Mercedes (2005). «Eva Canel, un ejemplo de transculturación en De América: viajes, tradiciones y novelitas cortas». Estados Unidos, *The Colorado Review of Hispanic Studies*, Volumen 3.
- CHAMBERS, Sarah (2003). «Cartas y salones: Mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX». *Araucaria*, Se-

- villa. Traducción de Isidro Maya, disponible <http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=28261306&iCveNum=1643>
- DE LA BARRA, Maipina (1878). *Mis impresiones y mis vicisitudes en mi viaje a Europa pasando por el Estrecho de Magallanes y en mi excursión a Buenos Aires pasando por la Cordillera de los Andes*. Buenos Aires, Pisqueras Cuspinera y Ca. Editores.
- FRANCO, Stella Maris (2007). *Peregrinas de Outrora. Viajantes latino-americanas no seculo XIX*. Florianópolis, Editora Mulheres.
- FREDERICK, Bonnie (1994). «El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla». En Fletcher, Lea, compiladora. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Feminaria.
- GUARDIA, Sara Beatriz (editora y compiladora) (2011). *Viajeras entre dos mundos*. Lima, Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina.
- LIONETTI, Lucía (2005). «Continuidades y discontinuidades de las políticas públicas en la educación de las “madres de ciudadanos” en la Argentina del siglo XIX». En *Educación, género y ciudadanía. Las mujeres argentinas: 1700-1943*, Pilar Pérez Cantó y Susana Bandieri compiladoras. Buenos Aires, Miño y Dávila editores.
- MASIELLO, Francine (1994). *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- PALACIOS, Irene (2007). *Mujeres aleccionando mujeres. Discursos sobre la maternidad en el siglo XIX*. Historia de la educación: Salamanca, *Revista interuniversitaria*, número 26.
- PERROT, Michelle (1993). «Salir». En *Historia de las mujeres* Tomo 8 “El siglo XIX Cuerpo, trabajo y modernidad”. Bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot. Madrid, Taurus.

ULLOA, Carla (2012). *Crítica social y gestión cultural de una viajera sudamericana: Maipina de la Barra (1834-1904)*. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, Santiago.